

Experiencia temporal e histórica frente a la hiperaceleración

Temporal And Historical Experience In The Face Of Hyperacceleration

Raúl Antonio Buendía Chavarría^{1*}

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

raul.buendia13@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0005-1037-238X>

<https://doi.org.10.54167/leteo.v7i13.2322>

Artículo enviado: 03-03-2026

Artículo aceptado: 06-05-2026

1 *Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Investigador asociado del Seminario de Hermenéutica, del Instituto de Investigaciones Filológicas (IIFL, UNAM), donde desarrolla su investigación: *Hermenéutica de la reconstrucción. Conceptos temporales e históricos*. Profesor de la asignatura *Teoría de la Historia*, en el Colegio de Estudios Latinoamericanos (CELA), en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL, UNAM). Sus investigaciones se concentran en los ejes de la hermenéutica y la filosofía de la historia; específicamente, hermenéutica filosófica y analógica, teoría de la historia y temáticas sobre el significado, el sentido, la experiencia y las sintomatologías del tiempo en la Historia.

Resumen: Este texto aborda la experiencia temporal del ser humano y su aceleración en la actualidad, debido a las dinámicas de producción y productividad establecidas desde la modernidad, pero agudizadas en la postmodernidad. Este análisis comienza describiendo la posición histórica-hermenéutica del ser humano y su modificación con el tiempo; a partir de esto, se describe la sintomatología del tiempo histórico actual, señalando el fenómeno de la hiperaceleración tardomoderna que han planteado de modo diverso: Reinhart Koselleck y Giacomo Marraao, entre otros.

Palabras clave: Experiencia Histórica, Temporalidad, Hiperaceleración, Koselleck, Postmodernidad.

Abstract: This text addresses the human experience of time and its acceleration in the present day, due to the dynamics of production and productivity established since modernity but intensified in postmodernity. This analysis begins by describing the historical-hermeneutical position of humankind and its modification over time. From this foundation, the text describes the symptoms of current historical time, highlighting the phenomenon of late-modern hyperacceleration, which has been discussed in various ways by Reinhart Koselleck and Giacomo Marraao, among others.

Keywords: Historical Experience, Temporality, Hyperacceleration, Koselleck, Postmodernity.

Experiencia temporal

El trasfondo que se elige para escribir y darle sentido a la historia, con sus posteriores conceptualizaciones históricas, depende de la noción de tiempo. El historiador puede comprometerse con una idea de tiempo lineal, cronológica, cíclica, retrospectiva o con peripecias entre el pasado y el futuro; muchas de las ocasiones no es una decisión consciente, sino que es dada por el contexto y las implicaciones ideológicas del

autor, en todo caso, la reconstrucción del pasado incluirá las nociones del tiempo experimentado, vivido y sentido por el ser humano.

La experiencia del presente, del momento histórico y el contexto que lo enmarca necesita de la comprensión para ser consciente de su posición; en el caso del historiador, su contexto, sus pasiones, sus métodos, reflejan el tipo o forma de historia que estructurará: toda su experiencia queda plasmada en los textos, nos transmite su testimonio en primera persona y a viva voz: “el estar referido a la propia posición es constitutivo de la experiencia histórica y del conocimiento histórico” (Koselleck, *historia/Historia*, 121). Por lo mismo, es preciso reflexionar sobre la misma posición temporal, dado que ésta cambia en el movimiento histórico, y con él:

Los conceptos proveen a los actores sociales las herramientas para comprender el sentido de su accionar, elevan la experiencia cruda (*Erfahrung*), la pura percepción de hechos y acontecimientos, en experiencia vivida (*Erlebnis*). Y de este modo, conectan también entre sí las diversas vivencias en *unidades de sentido*, actúan de soporte para sus conexiones estructurales. [...] En ellos se encarna [...] la interpenetración de presente, pasado y futuro, que es la que define la historicidad de nuestra existencia, la temporalidad del ser. (Koselleck, *Los estratos del tiempo*, 16-17)

Para Heidegger y Gadamer, el ser humano ha sido arrojado al mundo y proyectado hacia el futuro, se comprende a sí mismo a partir de anticipaciones, las cuales le permiten prevenir “los golpes de la existencia”, incluso el último e inevitable golpe de la muerte. La *comprensión* es el modo de ser en la existencia y la *interpretación* la posibilidad de aclararla (Grondin 129-131). “Esta comprensión hace consciente al ser humano de su posición en el tiempo-espacio, su cronotopo específico. Le permite elucidar las condi-

ciones concretas de su existencia: límites humanos, pertenencia a una cultura determinada, esferas sociales, políticas y económicas” (Buendía 22).

Es por ello, que el problema de la historia afecta directamente a la humanidad, pues no “se trata sólo de que los humanos tengamos una historia en el sentido de que vivimos nuestro destino en fases de ascenso, plenitud y decadencia. Lo decisivo es que precisamente en este movimiento del destino buscamos el sentido de nuestro ser. El poder del tiempo que nos arrastra despierta en nosotros la consciencia de un poder propio sobre el tiempo a través del cual conformamos nuestro destino. En la finitud misma indagamos un sentido” (Gadamer 35). Por esto, el modo de ser de la humanidad en la historia conlleva intrínsecamente un halo ontológico, indicando no sólo los hechos que se consideran históricos, sino los momentos y los instantes de la existencia humana. La continuidad de la historia, el fluir del tiempo y el instante de la existencia recuerdan el antiguo análisis agustiniano acerca del ser del tiempo, en el cual el ser humano es consciente de la incardinación del tiempo pero, debido a su fugacidad, no es capaz de explicarlo objetiva ni claramente, esto refleja el decurso infinito de los “ahoras”, el movimiento de los instantes, pues el tiempo pasado se disuelve en el presente y deviene un tiempo nuevo, la transición del ser humano y su experiencia incesante del tiempo.

Experiencia histórica

Con estos antecedentes se puede establecer la vinculación intrínseca del tiempo en el ser humano, posibilitada por la experiencia y su posterior interpretación. Sin embargo, en algunas ocasiones, la historia presenta movimientos que rompen con las nociones de tiempo establecidas e, inversamente, el tiempo devasta, deja en ruinas y desgarrar las conceptualizaciones acerca de cualquier sentido de la historia. Si

nuestra experiencia del tiempo cambia, igualmente, cambia la idea de historia.

El término “crisis” proviene del verbo griego κρίνειν y tiene diferentes acepciones: separar, juzgar y cortar; si se le considera como una noción temporal, su significado se asocia a cortar la continuidad temporal, existe un antes y un después de este punto. Esta discontinuidad en la historia se tipifica como: crisis históricas, que no siempre son movimientos acelerados, ni tan abruptas o revolucionarias como se les considera; en la mayoría de los casos, las rupturas no son totales, sino procesos graduales, paulatinos y que, sigilosamente, transcurren por largos periodos hasta que tiempo después se logra contemplar sus resultados o efectos. En particular, se cree que un intempestivo acontecimiento, planeado o no, tal como una guerra, una invasión, la caída de un gran imperio o el encuentro con todo un nuevo continente podría modificar el rumbo de la historia; la incoherencia y la inverosimilitud que presentan los sucesos no esperados, dentro de una realidad histórica, hacen evidente el paroxismo de los mismos acontecimientos y modifican, o más bien, renuevan el enfoque histórico del ser humano pero no fractura la historia ni su experiencia temporal.

Los movimientos de la historia ya sean acelerados o paulatinos son fenómenos permanentes que originan ocasicos, devoran la actual interpretación de la realidad y dejan todo en ruinas, a la par que preparan y construyen una nueva restauración. Al expresar que no existe un desarrollo progresivo de la historia ni un sentido último, la continuidad del tiempo histórico se manifiesta como el único elemento constante, revelando que la única verdadera y radical crisis que podría sobrevenir a la historia sería la ruptura de la continuidad a través de la suspensión del tiempo.

Incluso si el tiempo comenzará un retroceso existiría una orientación; por ello, el fin de la historia sólo equivaldría al quebranto de esta continuidad,

que no está significada como la mera continuación de los sucesos, sino como el interés esencial de la existencia humana por conservarse y renovarse. Es decir, la prosecución de una continuidad histórica posibilita el surgimiento de una consciencia que contemple el legado humano a través de los tiempos conformando una tradición. Asimismo, “el delgado hilo de la pura continuidad sin comienzo, progreso ni final no sostiene ningún sistema” (Löwith 41); no obstante, se presenta como la única prueba que otorga duración y significado a la experiencia temporal del ser humano para ser consciente de su historia.

La desintegración de los esquemas que unificaban el devenir histórico bajo un fin último y las rupturas de las leyes progresistas de la historia fueron rebasadas por un paradigma de reflexión que posibilitó, metódicamente, analizar las regularidades y los cambios del curso de la historia, elaborando múltiples modelos explicativos, sin subordinar o significar el sentido a presupuestos doctrinales determinados. Aunada a la crítica del documento, la toma de consciencia acerca del hecho histórico permitió distinguir entre acontecimientos cortos y de larga duración, originando nuevos sectores enfocados al aspecto político, social, económico, cultural y a concepciones más complejas como ideologías, mentalidades, imaginarios y dimensiones simbólicas del ser humano.

Estas representaciones conceptualizaron la duración de los acontecimientos en corta, larga o nula y crearon una nueva perspectiva de investigación, reconociendo, expandiendo y enriqueciendo la realidad histórica. Asimismo, con la ampliación espacial y temporal, el pasado comienza a complejizarse, pues además de prescindir de un suceso realmente acaecido para escribir una historia, ahora también “una explicación histórica eficaz tiene que reconocer la existencia de lo simbólico en el seno de toda realidad

histórica [...], pero también confrontar las representaciones históricas con las realidades que representan” (LeGoff 13-14).

Los sentidos del pasado son originados y multiplicados por la consciencia histórica que estructura el tiempo en cronologías históricas y no históricas. De esta manera, los tiempos del pasado se entrecruzan, confluyen y coexisten en una realidad idéntica y diversa a la vez. La consciencia histórica, a partir de una posición o perspectiva de la realidad, genera impresiones del tiempo, las categoriza inteligiblemente y las conjunta con las modalidades de la experiencia de la historia.

La interpretación del pasado, bajo un tiempo irreversible, admite una identidad temporal; pues, aunque la realidad de los acontecimientos pasados ya ocurrió, está conectada de forma necesaria con el presente y, debido al inevitable devenir, proyecta el lanzamiento a una realidad abierta, oscura e impredecible. La noción de un tiempo que ha transcurrido definitivamente construye un contexto que señala un antes y un después para cada acontecimiento y, a causa de la progresividad, genera una experiencia de tensión hacia el futuro.

La experiencia histórica del ser humano oscila en un tiempo irreversible que va del recuerdo a la expectativa y la consciencia histórica se distiende entre las dimensiones del pasado y el futuro. La noción de un tiempo fragmentado quebranta los sentidos determinados de la historia, disgrega las dimensiones temporales de la realidad histórica y acelera la marcha del tiempo, ocasionando que el pasado se desvanezca más rápido en la lejanía, el presente transite provisoriamente y las expectativas del futuro se integren a la actualidad en cuanto emergen. Esta irrebasable relatividad arroja una experiencia histórica acelerada, discontinua y fracturada por referir a “la permanencia del pasado en desaparición” (Koselleck,

historia/Historia, 131), los intempestivos cambios y transformaciones del presente e impulsar a un futuro con nuevas figuras, progresos y evoluciones.

Sin importar la ambigüedad de la perspectiva, los sentidos o la actitud que se manifieste individual o colectivamente, ya sea desde alguna doctrina o ideología, la historia debe continuar siendo el testigo del tiempo y cubrir las concepciones temporales: “desde la esperanza, tan pobre de experiencias, en el futuro hasta la investigación del pasado, despojada de expectativas” (Koselleck, *historia/Historia*, 133). La historia como categoría, impresión o enigma necesita comprender “a la vez la Historia y las historias; el concepto «historia» indica una escala cambiante de posibles experiencias: espacio de acción y proceso, progreso y desarrollo, fundación de sentido y destino, acontecimiento y hecho.” (Koselleck, *historia/Historia*, 150). La historia se abre como un campo de experiencia y como todo concepto debe consumarse en la realidad.

Aceleración... Hiperaceleración

Mas el futuro tiene por sí mismo la condición de no llegar nunca;

lo que se hace real es el porvenir, dejando de ser porvenir y

convirtiéndose en presente.

El porvenir no trasciende la caverna temporal;

el futuro proporciona, por lo menos,

una ilusión de trascenderla. (Zambrano, 349)

Los abruptos cambios del mundo, las revoluciones sociales e industriales, las subsecuentes guerras mundiales del siglo XX, la globalización y los avances tecnológicos, ocasionaron un cambio en la percepción del tiempo, la aceleración del tiempo en la Modernidad contrajo un cambio en la experiencia histórica: “sólo se puede concebir la modernidad como un tiempo nuevo desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias... este tiempo nuevo, es el tiempo de la aceleración, que ha escindido, sin reconciliación posible, la expectativa de la experiencia, la esperanza del recuerdo, el futuro del pasado” (Koselleck, *Aceleración*, 20-21). Sin lugar a duda, la aceleración de la Modernidad no se compara con la hiperaceleración de la Postmodernidad, donde abunda, por un lado, la acumulación de recursos naturales y económicos, por otro lado, su distribución asimétrica, la sobreexplotación y contaminación del medio ambiente; con la irreversibilidad del tiempo ya instaurada en el futuro, la expectativa engulle totalmente a la experiencia, originando una temporalidad quebrantada.

Si hubiera una forma de describir la actual existencia del ser humano, no sería una carrera en donde compite para llegar más lejos, esa imagen definiría a la Modernidad que concebía un progreso ilimitado; uno de los modos más adecuados sería pensar en una rueda giratoria anclada estáticamente, al igual que las ruedas para hámster, en la que se debe acelerar más y cada vez más, sin parar, el objetivo es ir rápido y mantener el ritmo, pues no hay dirección ni meta a la que llegar y, pues ni siquiera se va a algún un lugar. Sin embargo, si dejamos de acelerar, perdemos la estabilidad y se vislumbra la amenaza de caer al vacío.

En esta visión de la aceleración, cada ciclo en esa rueda estática debe ir en aumento, así los logros son efímeros y poco relevantes, no importa tanto el

logro, sino que se consiga rápido para establecer el siguiente y, así sucesivamente, en una escalera “infinita” de logros; ya que, como se mencionó, no hay lugares ni metas a las que llegar y mucho menos lugares tranquilos para llegar a descansar. Esta aceleración tiene muchas raíces e, igualmente, muchas consecuencias, pero su principal motivación es la economía.

Las perspectivas del tiempo antiguo y actual son completamente diferentes. En la antigüedad se concebía al tiempo como un ciclo de nacimiento y muerte infinita, inspirado en el bucle cósmico, en algunas culturas esa muerte, también significaba un nuevo comienzo, resurrección. Posteriormente, la existencia se convirtió en una línea continua (*Illo tempore*) con un inicio y un final; en la Modernidad, ese final escatológico, se secularizó y se cambió por el progreso, ya no había un fin del tiempo, sino crecimiento y avance hacia un sitio mejor. No obstante, esta noción también se terminó por desechar ante la pérdida de las certidumbres: científicas y religiosas. Ahora, el tiempo es una continuidad tan grande y extensa que los acontecimientos pierden significado, incluso la especie humana se pierde en los eones del universo. En la antigüedad se medían los días, los meses y los años; ahora, lo que importa medir son las horas, los minutos y los segundos. Todo va más rápido, las pautas entre un acontecimiento y otro son cada vez menores, casi inmediatos; de este modo los espacios y las distancias también se degradan y desaparecen. Al día de hoy, nos podemos comunicar con personas que están en diferentes sitios del mundo: con una amiga en São Paulo, con mi prima en París, con un amigo en Madrid y otro en Iztapalapa, no importando la hora ni la distancia, todos conectados al mismo momento, tenemos a la mano productos que años atrás eran inconseguibles en nuestra región y, gracias al avance tecnológico, podemos optimizar nuestro trabajo sin

estar “presentes”, la evidencia de esto, son los últimos años de educación a distancia y clases virtuales:

Se abre el abismo entre la experiencia precedente y la expectativa venidera, crece la diferencia entre pasado y futuro, de manera que el tiempo en que se vive se experimenta como ruptura, como tiempo de transición en el que una y otra vez aparece algo nuevo e inesperado. La novedad aumenta en el campo de sentido del tiempo y tanto más porque antes de la tecnificación de la comunicación e información, la aceleración había llegado a ser una experiencia fundamental y específica del tiempo”. (Koselleck, *Futuro pasado*, 321)

El tiempo y el espacio se están reduciendo debido a la velocidad de las comunicaciones y los traslados geográficos; si bien, esto abre un espectro de infinitas posibilidades, no significa que el ser humano esté preparado para ellas o siquiera que pueda comprenderlas en su totalidad. El planeta no se mueve ni se comunica, procesa y produce a la velocidad del ser humano o tiene la capacidad de adaptarse fácil y rápidamente a los cambios bruscos de gran escala. Hemos dejado atrás al mundo.

Una de las consecuencias del mundo simultáneo e interconectado es que, por un lado, nos permite conseguir más información, trabajar, comunicarnos y comprar donde sea, pero nos condiciona a estar siempre “disponibles” tanto para nuevas tareas y trabajos como para compras, ofertas, entretenimiento y miles de cosas más. Desconectarse es como dejar de vivir en esta realidad inmediata, no sólo el mundo se abre a nosotros, inversamente, nosotros nos abrimos a él. Como dice F. Nietzsche, en *Más allá del bien y mal*, “cuando miras largo tiempo a un abismo, también éste mira dentro de ti” (Aforismo 146). Estamos en un sedentarismo frenético, donde desde nuestra silla enfrente de la computadora, parece que todo ocurre

muy rápido, pero objetivamente apenas se observa algún cambio; sólo se trata de acelerar más, para producir y consumir más.

La política también es un ámbito que se ha acelerado, política exprés y de redes sociales: los políticos “legislan” a la vez que se promocionan para las siguientes elecciones, las ideologías, los resultados para la población o los proyectos públicos son secundarios, ante el desfile de personalidades, escándalos y controversias que sólo buscan dar notoriedad. Todo es tan rápido que incluso los detractores, desde sus sillitas enfrente de sus computadoras, los llamados activistas virtuales, forman hordas indignadas para declarar su inconformidad, pero al final no existe un consenso u organización real, se pierde el interés y nunca se efectúa la acción. Al final, regresan a sus sillitas para esperar el siguiente espectáculo que acapare su atención y “organizar” una nueva horda, nada es tan importante porque siempre surge algo nuevo, ejemplos hay varios: los movimientos antivacunas, los “expertos” opinando sobre la retirada de las tropas estadounidenses de Afganistán, la invasión de Rusia a Ucrania y un largo etcétera. La política no puede evitar ser acelerada, de ahí que los mandatarios busquen llegar al poder y solamente eso. El proceso nunca es importante. Igualmente, esto se refleja en los proyectos políticos que son acotados por el tiempo que estarán en el poder; un proyecto que incluya una renovación o mejora de los sectores públicos, de salud, educación o economía no pueden concretarse en seis años; al final de su mandato, nada se concluye y el sucesor propone nuevos proyectos, se vuelve un bucle de obras sin terminar.

Una opción que se observa podría ser rehabilitar la perspectiva de la larga duración braudeliana, enfocada a lo social, para establecer proyectos en periodos más largos de tiempo y, que los nuevos mandatarios que arriben al poder, les den continuidad. Académicamente, ocurre algo similar en los procesos de adquisición y comprobación de conocimiento. Los es-

tándares que establecen algunas universidades para cursar, concluir y obtener el título o grado son cada vez menores, ciclos más cortos (trimestres y cuatrimestres), carreras universitarias en dos años; a la vez que los trabajos finales intentan evitar temáticas que contemplen amplios periodos de tiempo o investigación. “Esta enfermedad tiene incluso nombre: cortoplacismo” (Guldi y Armitage 15). Las humanidades tampoco se salvan de esta hiperaceleración. “Al parecer, nadie, nadie puede escapar a la amenaza crónica del cortoplacismo” (Guldi y Armitage 14).

Esto no puede ser de otra forma, pues en una realidad donde los medios virtuales y de comunicación configuran “la realidad objetiva”, se ven obligados a publicar cientos de notas diarias, de modo que, a eso que se le nombra “actualidad”, más que información relevante, es un mar de notas inocuas que carece de sentido, significado y cercanía con la realidad. Esta rapidez en la información exige una síntesis, un resumen del resumen de cualquier aspecto del mundo: noticias, libros, películas, series, obras de arte, culturas antiguas o actuales, en general, cualquier conocimiento; todo para aprenderlo, no en profundidad, sino sólo más rápido. Incluso, en redes sociales, ya sólo se leen los titulares periodísticos, ya no hay tiempo ni de entrar al enlace y leer la noticia o el artículo por completo. De la misma manera, el ocio y el entretenimiento también deben ser rápidos, hasta para perder el tiempo debemos ser rápidos y si es posible productivos.

Si bien, la tecnología nos libera del trabajo; igualmente, nos condiciona y posibilita para hacer más trabajo. En esta tendencia de aceleración, el ahorro del tiempo sirve para gastarlo en intentar ahorrar más tiempo, que servirá para ahorrar más y así *ad infinitum*; básicamente, acelerar en un bucle sin fin, buscar tiempo para tener tiempo. Otro ejemplo es la comida rápida e instantánea: todo el trabajo y tiempo que nos podría costar salir de casa y buscar los ali-

mentos, prepararlos, cocinarlos y servirlos, se omite o se “ahorra” con tres minutos en el microondas, en sólo tres minutos tenemos una sopa, unas palomitas, una lasaña, una pizza, lo que sea que esté congelado en nuestro refrigerador. La comida se acelera cada vez más, basta ir al supermercado y ver toda la variedad de alimentos pre-procesados, alterados o “diseñados” que se ofrecen: el queso no es queso, la leche no es leche, el atún no es pescado, los cereales son azúcar, los vegetales y frutas parecen de cera, sin mencionar la desconexión mental de los sabores: pasamos de sabores naturales a los saborizantes artificiales; incluso se pueden encontrar sabores inventados como: la gran variedad de productos de “fuego” (picantes), cereza brillante, el clásico Mundet rojo y hasta podemos encontrar alimentos que indican que su sabor es a unicornio.

Las consecuencias de la aceleración las podemos encontrar en cada aspecto de la vida social y cultural actual: la industria de la moda lanzando colecciones de ropa cada semana, a pesar de la violación de los derechos laborales y los daños ambientales que comete; de igual forma, la explotación laboral de los estudios de animación tanto cinematográficos como de videojuegos para producir más rápido sin bajar la calidad; la obsolescencia programada de los dispositivos tecnológicos, obtener nuevos teléfonos, nuevas pantallas y lo más actual en tecnología para estar “actualizado”; la industria musical, donde los “artistas” deben obtener éxito tras éxito, ya no sólo nuevos álbumes y vídeos musicales, sino también publicar su vida privada en redes sociales para mantenerse vigentes; finalmente, la uberización con el fácil acceso a diversos servicios y plataformas, eliminando los intermediarios, ocasionando pérdida de empleos y controversias económicas con la recaudación de impuestos. La tendencia es seguir y seguir acelerando, pues si se logró mucho en un ciclo, el siguiente debe ser más rápido, inmediato y casi simultáneo.

Al final de todo esto surge la pregunta: ¿Cuándo parar?... Si me lo hubiera preguntado en 2019, no tendría respuesta pero después de los acontecimientos iniciados por la pandemia de COVID-19, en 2020, cuando el tiempo se detuvo, y contemplar un mundo paralizado, con las calles de las grandes ciudades europeas vacías, sin movimientos multitudinarios entre continentes y la economía pausada; se atisbaba un nuevo paradigma, más esperanzador, como si de un reset se tratara, estaba la pauta para comenzar con una nueva relación con el planeta, con los medios de producción, incluso con nosotros mismos, un hito en la historia moderna de la humanidad, al menos así se esperaba. Sin embargo, ese instante duró muy poco; la aceleración comenzó nuevamente, y se trasladó a lo más íntimo, a los hogares, ocasionando una explosión de pedidos “en línea”, entregas a domicilio, sobre carga de trabajo, exigencias de estándares físicos y mentales, otra vez lo mismo: objetivos efímeros, pero ahora “en línea”, produciendo y consumiendo sin salir de casa. Esta crisis histórica no fue lo suficientemente “verdadera” para renovarnos radicalmente y transformarnos tanto a nivel fundamental, en lo político y lo social, como a nivel esencial, en lo espiritual y cultural.

La hiperaceleración en la postmodernidad se acompaña de un sentimiento de urgencia y presenta síntomas que se manifiestan colectivamente en el actual tiempo histórico. La humanidad quiere seguir el ritmo de la aceleración, pero no lo logra, ocasionando la ansiedad de no llegar nunca a ningún lugar. La urgencia como imperativo social contrae patologías, por esto mismo, la sucesión y continuidad del tiempo no está garantizada. De hecho, fenomenológicamente, el tiempo se puede anular e ignorar.

La noción de tiempo es individual y cambia en cada persona, ya que no existen medidas objetivas, la configuración de su temporalidad está en función de su contexto y cultura. Igualmente, la velocidad del

transcurrir del tiempo está bajo la perspectiva individual y depende de varios factores como la edad, el género, la ubicación geográfica, el nivel de estrés, entre otros. En distintos estudios sociológicos y psicológicos, además de obras literarias, hacen evidente que el tiempo transcurre a diferentes velocidades para todos:

Pasado, presente y futuro están unidos en un anillo recursivo único, en el que cada uno recibe su significado de los otros dos, pero es el presente el que ostenta un puesto fundamental, puesto que todos los problemas son problemas del presente [...] hay problemas pasados en el presente, problemas presentes en el presente y problemas futuros en el presente. Así, el tiempo es una determinación de sentido. Un acontecimiento no se limita a acontecer, sino que acontece con una relevancia concreta y, en función de esa relevancia, vuelven a organizarse el pasado y el futuro. (Castro, 163)²

La descronologización del tiempo debe entenderse como la *ausencia de diferencia significativa entre “ayer”, “hoy” y “mañana”* (Castro 164); esta sensación donde se altera el sentido de la temporalidad, no sólo de forma cronológica, sino también emocional, surge en estados de ánimo de sufrimiento o trauma.

La incertidumbre y el temor hacia el futuro se cifra bajo la ansiedad, es la presencia de una preocupación excesiva por acontecimientos que aún no ocurren; en la depresión, el tiempo se diluye, no transcurre, hace que parezca que, cada día que pasa, es uno más parecido a ayer, este sufrimiento hace que se pierda el significado del presente, irónicamente, contrae los otros dos tiempos, pasado y futuro, en un instante estático que parece infinito, un presente que parece eternidad. De forma inversa, la melancolía conjunta los tres tiempos, pero los transforma en un

lastre que nos impide avanzar: los errores del pasado pesan tanto que siguen e inundan el presente y el futuro se vislumbra vacío. “El melancólico sabe con certeza que la pérdida del futuro ya está realizada, puesto que este futuro no es más que la sombra de un pasado fijado en una suerte de eternidad” (Castro 165). La nostalgia: el dolor de regresar, del griego: νόστος (nostos = regreso/volver) y ἄλγος (algos = dolor), es el anhelo por un tiempo pasado que, generalmente, se considera mejor y más feliz, este recordar trae consigo un pequeño placer, pero manchado por la tristeza, porque es un tiempo al que no se puede volver.

Consideración final

Aunque las transformaciones temporales se contemplen casi imposibles, el inexorable viaje hacia el futuro sí lo podemos modificar o al menos dotarlo de otro sentido; paradójicamente, debemos alejar nuestra mirada, pero nunca apartar los ojos del futuro. En medida de lo humanamente posible, debemos comprender que no tenemos más que el presente y para que la tendencia opresora de la aceleración disminuya, el futuro y su expectativa deben dejar de ser el objetivo, “cuando la dimensión del futuro pierde la carga simbólica profunda que la legítima, es decir, cuando... deja de ser una perspectiva liberadora” (Marramao, *Minima temporalia*, 89) del desolador presente, es posible adherirlo a nuestro transcurrir.

“Todo futuro determinado por un proyecto sólo puede convertirse en realidad si tiende hacia el pasado” (Marramao, *Minima temporalia*, 90). Justamente, ahí radica la relevancia de la irreversibilidad del tiempo, los acontecimientos quedan ahí, hechos, sin modificación. Nuestras acciones son decisivas porque se proyectan al futuro. Puesto que el pasado no está estático, encerrado y conservado en un mu-

² Sixto Castro, *La trama del tiempo. Una exposición filosófica*, Salamanca: Editorial San Esteban, 2002, p. 163.

seo; la imagen del tiempo pasado como irreversibilidad provoca este fenómeno que lo termina anquilosando y silenciosamente le arrebató su utilidad, sentido y significado para existir en el presente y la esperanza para transformar el futuro:

Cada concepción de historia va siempre acompañada por una determinada experiencia del tiempo que está implícita en ella, que la condiciona y que precisamente se trata de esclarecer. Del mismo modo, cada cultura es ante todo una determinada experiencia del tiempo y no es posible una nueva cultura sin una modificación de esa experiencia. Por lo tanto, la tarea original de una auténtica revolución ya no es simplemente “cambiar el mundo”, sino también y sobre todo “cambiar el tiempo”. (Agamben, 131)

Finalmente, para afrontar, fluir y comprender que el tiempo ya sea una magnitud física, una dimensión del universo o una simple ilusión, contamos con un tiempo inconcebible, el Kairós: “el tiempo de la forma viviente, el tiempo del mundo que evoluciona porque, en su origen, fue propiciado por un kairós. Sólo podemos vivir la dimensión del tiempo oportuno, del tiempo kairológico” (Marra-mao, Kairós, 133), asimismo, existir y concebir que “las tres dimensiones del tiempo: pasado, presente, porvenir, aparecen fundidas y ninguna de ellas sobrepasa a la otra. No se vive sólo del porvenir, ni del pasado; tampoco extasiados en el presente sino en una fluencia donde insensiblemente todo pasa y va quedando” (Zambrano 273).

Referencias

- Agamben, Giorgio. *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Traducido por Silvio Mattoni. Argentina: Adriana Hidalgo editora, 2007.
- Buendía Chavarría, R. A. “Historia y memoria: conflicto de interpretaciones”. *Tesis Psicológica*, vol. 20, núm. 1, 2025, pp. 14-25.
- Castro, Sixto. *La trama del tiempo. Una exposición filosófica*. Salamanca: Editorial San Esteban, 2002.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método II*. Traducido por Manuel Olasagasti. Salamanca: Sígueme, 2010.
- Grondin, Jean. *Introducción a Gadamer*. Traducido por Constantino Ruiz-Garrido. España: Herder, 2003.
- Guldi, Jo y David Armitage. *Manifiesto por la historia*. Traducido por Marco Aurelio Galmarini. Madrid: Alianza editorial, 2016.
- Koselleck, Reinhart. *Aceleración, prognosis y secularización*. Traducción, introducción y notas de Faustino Oncina Coves. España: Pre-Textos, 2003.
- Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Traducido por Norberto Smilg. España: Paidós, 1993.
- historia/Historia*. Traducción e introducción de Antonio Gómez Ramos. Madrid: Trotta, 2010.
- Los estratos del tiempo: estudios sobre historia*. Traducción por Daniel Innerarity, España: Paidós, 2001.
- LeGoff, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Traducción por Hugo F. Bauzá. Barcelona: Paidós, 1991.
- Löwith, Karl. *Historia del mundo y salvación. Los presupuestos teológicos de la Filosofía de la Historia*. Traducción por Norberto Espinosa. Buenos Aires: Katz, 2007.
- Marramao, Giacomo. *Kairós. Apología del tiempo oportuno*. Traducción por Helena Aguilà. España: Gedisa, 2008.
- Minima temporalia. Tiempo, espacio, experiencia*. Traducción por Helena Aguilà. España: Gedisa, 2008.
- Zambrano, María. *El hombre y lo divino*. España: Alianza Editorial, 2020.